

manifestarles, por qué había venido. Pues digá-  
nos Celso: ¿no había Jesus llamado ya á la luz  
á todos los hombres quando les dixo: «Venid á  
«mí todos los que trabajais, y estáis cargados,  
«que yo os aliviare?» (Matt. 11.)

Además de que, en muchos lugares de la Es-  
critura nos dice, por qué ha venido; ya en el  
sermon sobre las bienaventuranças, ya en sus pa-  
rábolas, ó en sus disputas con los Escribas y Fa-  
riséos. El Evangelio de Juan particularmente nos  
da puntual noticia del infinito número de perso-  
nas, á quienes enseñó Jesus, y nos pone á la  
vista la grandeza de sus discursos, que consiste  
en las cosas, y no en las palabras. Lo cierto es,  
que en el Evangelio vemos, que Jesus hablaba con  
autoridad, y era admirado de todos. (Matt. 7.)

N. 74. Concluye el Judío de Celso, diciendo  
en tono de vencedor: «Todo quanto hemos di-  
«cho, lo hemos sacado de vuestras Escrituras;  
«no hemos necesitado de otras pruebas: y así  
«vuestras propias armas os han herido.»

Nosotros tambien hemos probado por el con-  
trario, que Celso ha inventado muchas cosas  
que no se encuentran en nuestros libros: solo él  
queda persuadido de que nosotros nos hemos he-  
rido con nuestras propias armas.

Su Judío exclama luego de este modo: «O  
«gran Dios del cielo! ¿Sería posible, que un Dios  
«pareciese entre los hombres, y no los persua-  
«diera?»

La historia de Moysés le responde, que por  
mas que Dios se puso en medio de los Hebréos,  
en cuyo favor obró los mas señalados prodigios,  
así en Egipto, como en el desierto; por mas que  
les abrió paso por el mar rojo, y los conduxo  
en medio de una columna de fuego, y de una  
nube luminosa; por mas, digo, que les habló y  
se les dexó ver en varias ocasiones; no pudo ja-  
más persuadirlos, ni vencer su indomable incre-  
dúlidad. *Estos son*, exclamaban ellos quando hi-  
cieron la ternera de oro, *estos son, ó Israél, tus*  
*Dioses, los quales te han sacado de Egipto* (Exod.  
22.). Baxo este supuesto, no hay ya que extra-  
ñar, que ni los discursos, ni los milagros de Je-  
sus hayan podido persuadir á un pueblo de es-  
te carácter.

N. 75. «Pero ¿cómo puede ser, insiste este  
«Judío, que un Dios no sea creído entre los  
«hombres? Un Dios, á quien esperaban de tan-  
«to tiempo, no ha de haber sido reconocido!»  
Yo me contentaré con responder de esta mane-  
ra á tan urgentes preguntas: O vosotros reputais  
los milagros de Dios entre los Hebréos, por ma-  
yores y mas prodigiosos que los de Jesus, ó los  
suponeis enteramente semejantes (a): elegid. Pero  
qualquiera que sea vuestra respuesta, yo conclui-

(a) ....Orígenes responde á la preferencia á los milágrs  
un Judío, para quien no hay de Jesus, sobre los del Dios  
medio; porque no puede dar de Israél.

ré siempre, que no es extraño, que un pueblo que ha resistido á todos los prodigios de Dios, manifieste el mismo endurecimiento respecto de los milagros de Jesús: y yo creo, que la incredulidad de los Judíos respecto de Christo, es una consecuencia natural, y como necesaria de la que anteriormente habian ya manifestado. Quando negais á Jesús, dais testimonio contra vosotros mismos; os mostráis dignos hijos de los que desconocieron y negaron á Dios, quando se manifestó con tanto resplandor. Haced ver, en una palabra, como dice Jesús, que consentis en las obras de vuestros padres, puesto que obráis (del mismo modo. *(Luc. 11.)*)

N. 76. En fin, nada puede objetarnos Celso, baxo la máscara de su Judío, que no recaiga sobre la persona baxo que se oculta, sobre la Ley, y sobre los Profetas. Acusa, por exemplo, á Jesús de que se dexó vencer ligeramente de las amenazas, acusaciones y anatémas; pero tambien la Ley y los Profetas abundan en lo mismo, particularmente Isaías, el Levítico y el Deuteronomio. Con que las mismas respuestas que nos dé Celso para justificar su Ley y su Dios, servirán para que nosotros justifiquemos á Jesús y al Evangelio. Paso mas adelante todavia; Jesús, enseñándonos á entender los libros de los Judíos mejor que los Judíos mismos, nos enseña tambien á defenderlos con mas solidez. Pero no hay quien no pueda conocer, que el objeto de los Profetas

era llamar la atencion de aquel pueblo endurecido, y convertirlo.

Los Christianos, que reconocen, que es uno mismo el Dios que ha hablado por los Profetas y por Jesús, no tendrán embarazo en probar, que todos estos extremos, al parecer duros y humildes, y que Celso no puede perdonarle á un Sábio, han sido empleados por la salvacion de los hombres.

Quiero preguntarle ahora á Celso, puesto que se gloria á un mismo tiempo de que es Filósofo, y está versado en nuestras Escrituras; quiero, digo, preguntarle, por qué Mercurio en Homero (*Odis. l. 10. y 12.*) habla á Ulises con tanta altanería. Él sin duda tendrá por muy convincente la respuesta general, de que *Mercurio quiere dar á Ulises un consejo saludable, y que no es propio, sino de pérfidas y fatales Sirenas, hacer discursos li-songeros.* Pues, ¿por qué quando nosotros respondemos lo mismo en favor de Jesús y de los Profetas, no se nos escucha? ¿Como si Dios, por el interés de los hombres, y para moverlos y atraerlos á la virtud, no pudiera hablarles con forme á su carácter é inclinaciones!

¿Y no es por ventura ridículo en extremo, que el Judío de Celso nos eche á la cara, que Jesús no pudo persuadir? ¿No tenemos fundamento para intentar la misma acusacion, no solamente contra los Profetas, sino tambien contra los Sábios mas célebres de la Grecia, que no pu-

diéron persuadir á sus acusadores, á sus enemigos, ni á sus Jueces, á que renunciassen á los vicios y á las pasiones; y se entregasen enteramente á la Filosofía?

N. 77. Nuestro Judío hace despues su profesion de fe, y nos declara, que cree la resurreccion de los cuerpos. Esta declaracion, sea sincera ó no lo sea, nos exime de dar la prueba de este dogma. Ultimamente añade: *¿en dónde, pues, está ese Jesus, á quien veíamos, y en quien creíamos?*

Y en dónde está tambien, le podríamos replicar con el mismo derecho, ese Dios, que habla por medio de los Profetas, que se señala por medio de prodigios, á quien veíamos igualmente, y pensabamos, que vosotros erais patrimonio suyo? Creerá el Judío, que tiene derecho para explicar, por qué su Dios ha dexado de parecer; y no nos querrá prestar oídos, quando queramos hacerle saber, por qué Jesus no es ya visible desde que resucitó, se apareció, y persuadió á sus Discípulos su resurreccion. La invencible constancia, con que los Discípulos padecen, es una prueba evidente de que sin cesar tienen á la vista la resurreccion y la vida eterna, cuya realidad les ha sido demostrada; y este espectáculo encantador hace que provoquen y estimen en nada todos los males y suplicios de esta vida fugitiva.

N. 78. Jesus, insiste todavía el Judío, *no ha descendido á la tierra, sino para hacernos incrédulos.*

Nó, no ha venido Jesus para hacer os incrédulos, pero previó vuestra incredulidad, la predixo, y la hizo servir para la vocacion de los Gentiles. Es constante, que los Judíos son castigados, porque diéron muerte á Jesus: si nosotros, pues, les dixesemos: la divina Providencia se ha manifestado con resplandor castigandoos de esta manera, sacando de vuestro poder á Jerusalén, y quitandoos vuestro Templo y vuestro culto; ¿qué podrían respondernos? No hay duda, que la Providencia es admirable, pues se sirvió del pecado de los Judíos, para llamar, por medio de Jesus, á la posesion de su Reyno, á unos pueblos extrangeros á la alianza y á las promesas divinas. Así lo habian predicho los Profetas; esto es, que Dios, por causa de los pecados de Israel, no se limitaria ya á elegir un pueblo particular; sino que escogeria entre todos los pueblos del universo, á los estúpidos e insensatos, para instruirlos en los secretos divinos; y que quitaria á unos el Reyno de Dios, para darlo á otros.

N. 79. Finalmente así concluye el Judío de Celso: *Es, pues, indubitable, que Jesus no era mas que un hombre.* Pero ¿cómo era posible, que un hombre, se atreviese, ni siquiera á formar el proyecto de esparrancar por todo el universo una doctrina, una Religion de invencion suya? ¿Cómo, sin el auxilio de Dios, hubiera podido vencer todos los obs-

táculos, triunfar de los Reyes, de los Emperadores, del Senado Romano, de todos los Potentados, y de todos los pueblos? ¿Cómo un hombre, reducido precisamente á las fuerzas de la naturaleza, hubiera podido convertir una multitud de otros hombres; y persuadir, no digo á los Sábios, lo qual sería menos maravilloso, sino á hombres sepultados en las pasiones, incapaces de reflexionar, y por consiguiente de ser encaminados á la virtud?

Mas como Christo es el poder de Dios, y la sabiduría del Padre, obró todos estos prodigios, y los continúa cada dia, á pesar de la oposicion de los Judíos y los Griegos, que no quieren creer en el Evangelio. Por lo que hace á nosotros, fieles á las instrucciones que hemos recibido de Jesus, no dexaremos de creer en Dios, y procuraremos siempre abrir los ojos á los ciegos, Judíos ó Griegos, que nos tratan de ciegos á nosotros, y nos acusan de que seducimos á los hombres, siendo ellos los que los engañan. Por lo menos, se ha de confesar, que nuestra seducion es provechosa, pues por ella pasan los hombres, del seno del desorden, de la injusticia y de la ceguedad, al amor, y á la práctica de la virtud, de la justicia y de la sabiduría; y los hombres débiles, tímidos y cobardes son transformados en otros tantos héroes, principalmente quando presentan aquellos generosos combates por la Religion del Dios Criador del universo.

Jesu-Christo, pues, vino despues que fue predicho, no por un Profeta, sino por todos: y solamente una ignorancia grosera puede haberle hecho decir á Celso, baxo la persona de un Judío, que Christo no habia sido anunciado, sino por un solo Profeta.

Este Judío, despues de haber amontonado muchas cosas, que no merecen refutación, concluye en este lugar: nosotros tambien finalizaremos aquí nuestro segundo libro.

Con el auxilio de Dios y de Christo, procuraremos responder, en un tercer libro, á lo que posteriormente ha escrito Celso.

*Fin del segundo libro de Orígenes,  
y del tomo primero.*

FE DE ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE	LEE
XIX	7	adolatria	idolatria
XXIX	4	reynara	reynara
33	27	por medio su Hijo	por medio de su Hijo
61	2	nuestros	vuestros
62	3	hacernos	hacersenos
132	20	el	el
171	17	arte de Mágica	arte Mágica

admi nuestro segundo libro. Con el auxilio de Dios y de Christo. En un tercer libro, a lo que posteriormente ha escrito Celso, ántes sol y de los Judios y los Griegos que no quieren creer a fin del segundo libro de Origenes en tres tomos, y del tomo primero, al a los de de de Jesus, no dexaríamos de creer en Dios, y procuraríamos siempre abrir los ojos a los ciegos, Judios ó Griegos, que nos tratan de ciegos a nosotros, y nos acusan de que seducimos a los hombres, siendo ellos los que los engañan. Por lo menos, se ha de confesar, que nuestra seducción es provechosa, pues por ella pasan los hombres, del seno del desorden, de la injusticia y de la ceguedad, al amor, y a la práctica de la virtud, de la justicia y de la sabiduría: y los hombres débiles, tímidos y cobardes son transformados en valerosos héroes, principalmente quando presencian a los generosos combatientes por la Religión del Dios Criador del universo.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS en este tomo.

*Discurso preliminar sobre la Religion Christiana y sus antiguos Apologistas.* . . . . pag. XVII.

*Apologias de San Justino.* . . . . . I.

*Apologia de Taciano de Siria.* . . . . . 52.

*Apologia de Atenágoras.* . . . . . 55.

*Apologia de Teófilo de Antioquia.* . . . . . 81.

*Tratado de Tertuliano contra Marción.* . . . . . 117.

*El Octavio de Minucio Felix.* . . . . . 155.

*Tratado de Origenes contra Celso.* . . . . . 207.

*Prefacio.* . . . . . 212.

*Libro primero.* . . . . . 218.

*Libro segundo.* . . . . . 286.

